

# SUEÑO TÁRTARO

SALA URUGUAY

ORIGINAL DEL

LICENCIADO PERALTA

10PQ8519.G693.S9

MONTEVIDEO

Imp. «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Mariño

Calle San José — 938

1918

10PQ8519.G693.S9

I. N. I. A. L.

Sector ..... I .....

Anaqueles ..... 9 .....

N.º ..... 63 .....

I. N. I. A. L.

Procedencia ~~ADQ. Lib CLAUDIO~~  
~~GARCIA.~~ ----- \$ 0.15

Expediente ~~(Folio 12).~~ -----

Pieza N.º ~~135.~~ -----

Fecha ~~14 diciembre 1948.~~ -----

Destino ~~BIBLIOTECA.~~ -----

# SUEÑO TÁRTARO

SALA URUGUAY

ORIGINAL DEL

LICENCIADO PERALTA

No 84 8519. G 693. 59



D.262.706  
MONTEVIDEO

Imp. «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Mariño

938 — Calle San José — 938

1918

Revisados de INIA h. 1977.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

SECRETARÍA DE AGRICULTURA Y PESQUERÍA

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES



## Sueño Tártaro

---

### I

#### EL GUACAMAYO

Allá... allá en los tranquilos confines de mis dominios de Villarón, próximos al campo y flamante Escuela de Aviación, se ve un pequeño *chalet*. Es mi modesta residencia de verano, y dista poco más de trescientos metros de los altos álamos e innumerables plátanos y sauces que circundan ambas orillas del Miguelete.

El trayecto que marca esta distancia, determina desde allí, un plano ascendente por el repecho natural del terreno, hasta llegar al pie de la verja del frente y, a su vez, las verdes filas de una viña frondosa que ocupa aquel terreno, simulan extensa y reluciente superficie que, en los albores de cada día, acarician los rayos del sol, y también los de la luna, en cierta estación del año.

Orientado el frente Sudeste del *chalet* en marcada dirección a este viento, y encontrándose mi dormitorio en posición y orientación igual, la luz de aquellos astros penetra forzosamente en su in-

terior, hasta que por su gradual elevación, llegan a superar la mayor altura de la ventana *sin postigos*, con que aquél cuenta por ese costado.

Cuando esto ocurre, que es en la estación de estío, puede verse desde esa ventana un volante bastidor de rejilla verde, tejido de madreselvas y jazmines del país, sobre cuya cornisa superior se balancea un Guacamayo del Paraguay.

Luciendo sus galas, y sin interrumpirse en sus movimientos acompasados, ni dejar de aletear y arrojar gritos guturales, se le ve agitar en cruz su pata derecha a imitación de director de orquesta, mientras que con la izquierda se sostiene de la cornisa del florido bastidor.

Al fin, recobra relativos momentos de reposo, y alumbrado ya por el sol, ya por la luna, muestra su serria y grave catadura, matizada por el blanco y el carmín de sus mejillas, así como su pico encorvado y su precioso indumento multicolor.

## II

### MI DORMITORIO

Mi dormitorio es amplio y ventilado; tiene tres aberturas al naciente, durante la estación de verano, y la mayor de ellas, al Sudeste, según queda expresado ya.

Como he dicho también, estas aberturas carecen todas de postigos, porque, desde mi primera juventud, jamás transigí con postigos cerrados, ni de día ni de noche, y hoy mismo, aunque ya viejo, protesto contra ellos con igual fuerza y decisión.

Amo la luz, y sobre todo, la luz natural, y me

considero más feliz y favorecido con ella que con la artificial, cuando el astro-rey cruza el firmamento, y el movimiento y la actividad imperan a mi alrededor.

Una puerta o una ventana tapiada durante las mañanas, sin otra luz en el interior de un aposento que la que con dificultad y escasez penetra por las rendijas o intersticios, que no quiso o no pudo evitar el obrero que construyó aquellas aberturas, me representan la puerta o ventana de un calabozo, la de la mansión de un misántropo o la de un...

La obscuridad de un aposento semejante, estimula un sueño que no es ya necesario, y prolonga, por el hecho, la ociosidad, y... convengamos, que un hombre boca abajo o... boca arriba, entregado a Morfeo o a no hacer nada, que es lo mismo, y esto, cuando el sol raya alto, quemando la frente de los que se buscan la vida con afán desde horas antes, ofrece el contraste más lamentable, como que, no es síntoma precursor de mejores días para el futuro.

“Tanto comer y no trabajar

“En algo ha de venir a parar”.

Esto dijo un burro (al cual le daban escaso pienso por la noche y muchos palos por el día), observando los buenos platos que se servían a un cerdo, vecino de pesebre, y el cual no tenía otro trabajo que el de comer a discreción.

Pues bien; en lo que *vino a parar* aquella contradicción que había preocupado al burro, fué en el faenamiento del cerdo una mañana, en que éste gruñía colgado y aquél comía apaciblemente los

restos de su pobre pienso de la noche, y en momentos de atársele una vez más a las varas del carro, que debía arrastrar ese día en servicio de su amo.

A los dormilones no les sucederá lo que le sucedió al cerdo, pues sería demasiado, pero puede ser que el tiempo lamentablemente perdido en refocilarse con *sol alto*, les ofrezca serias contrariedades en el curso de la vida...

Adviértase que hablo de mis convicciones y pareceres personales, respetando, y mucho, lo que otros hacen en contrario. En efecto: no pudiendo ni debiendo constituirme juez en mi propia causa, no me atreveré a afirmar, que sea yo y no el que conmigo disienta, el que está en lo cierto.

### III

#### EL INSOMNIO

Siguiendo ahora el tema de mi peroración, diré, aunque a nadie le importe saberlo, que el *proceso* de la conciliación de mi sueño, por regla general, no puede ser más breve; bástanme dos o tres minutos para dormirme desde el momento que me decido a ello, contando hasta hoy con esta suerte, si tal puede llamarse, entre las pocas que me han tocado en lote durante mi larga vida.

Sin embargo, el último miércoles me falló esta regla, como que no hay ninguna infalible, ni sin excepción, y mi caso lo prueba hasta la evidencia.

Empeñado desde días atrás, en una tarea que necesitaba terminar a la brevedad posible, se me ocurrió, apartándome de mis costumbres, disponer

de algunas horas avanzadas de la noche para realizar mi propósito, y habiendo puesto manos a la obra muy cerca de las 10 p. m., no tardaron en dar las 12 y hasta las primeras horas de la madrugada, sin conseguirlo.

En tal situación y empeñado en esta tarea, no sólo por la necesidad, sino por cierto arranque de amor propio, bien o mal entendido, me propuse terminar y terminé, pero, allá cuando el horizonte empezaba a colorearse por la aproximación del día.

Conseguido mi objeto, y satisfecho de haber triunfado, me desvestí con apresuramiento, y después de recurrir a mi *pijama* de dormir, más cómodo y aparente para un hombre, que el ridículo camión de marras, traté de buscar el reposo de que necesitaba, pasando a mi aposento y desplomándome en el lecho, que, abierto y seductor, me había esperado inútilmente desde horas antes.

Lucha tenaz e infructuosa en los primeros momentos, fué la que tuve que sostener para conciliar el sueño. La fatiga que esto me produjo y la impaciencia que se apoderó de mí, me indujeron, al fin, a dar por pasada la mala noche, lanzándome, como me lancé, fuera de la cama, y saliendo después a la galería para respirar aire libre y refrescar mi cabeza.

Sin embargo, no tardé en reaccionar; pude contenerme en mis impulsos, y volviendo, a pesar de un momento de indecisión, a mi aposento, me tendí de nuevo en el lecho abandonado. Después... traté de transar con Morfeo, y ya se verá que lo conseguí, porque con vueltas a la derecha y vueltas a la izquierda; estiramientos de brazos y de piernas; arreglos más o menos felices en la colocación de las almohadas, y otras evoluciones aná-

logas, concluí por perder la noción de la vida, como tantas otras veces y... me dormí.

Y esa vez, ¡qué fácilmente recorri el trayecto que en mi forzada actividad de aquella noche de fatiga me separaba del reposo! y entretanto, ¡cuán difícil se me ofreció el problema de obtenerlo, cuando a pesar de mi voluntad y de mis propósitos, llegué a desmayar, abandonando el campo en que había batallado!

#### IV

##### LA AURORA

Recuerdo vagamente, que al colorear la aurora del bello día que se iniciaba, y en los precisos instantes en que me sentía acariciado por los primeros síntomas del sueño, se oía el sordo rumor de las golondrinas que todavía a esa hora se anidaban en los cornisones y troneras de los altos del *chalet*, y que, con la aproximación de la claridad, se preparaban a salir de sus albergues, como se oían también cantos lejanos, que, a la par del chirrido de las golondrinas, presagiaban un próximo himno al sol.

También recuerdo que, a la vez que la capacidad de mi aposento parecía ensancharse de una manera gradual, tomando en su interior la forma de un gran anfiteatro, el color lila de sus muros se acentuaba, adquiriendo creciente brillo y transparencia.

Tan raras visiones, más hijas de un alucinamiento que de la realidad, eran acompañadas de ruidos, voces y nuevos cantos, ya próximos, ya lejanos, que denunciaban así como la actividad en contraste con

la quietud y el silencio de la noche, hiriendo mis oídos, cada vez con más fuerza, como si aquellos ruidos y demás signos de vida y animación fueran recibiendo el concurso de nuevos agentes que debieran contribuir a multiplicarlos.

Al fin, llegó un momento en que todas estas manifestaciones exteriores, constituyeron verdadero concierto de arrullos, gorjeos y trinos melódicos, alternados por los silbidos del mirlo, las notas intermitentes de la urraca, el arpegiado de las golondrinas y las notas guturales del Guacamayo.

Aquel cuadro y este concierto variado, concluyeron por dominar mis sentidos, sin poder apartar los ojos y mi atención de uno y de otro, y la extensa bóveda del anfiteatro de muros lila, se cubrió, momentos después, de infinidad de puntos blancos, que fueron aumentando de tamaño y tomando la forma y exterioridad de pequeñas estrellas de un brillo tan deslumbrante, que me obligaron, con irresistible poder, a cerrar los ojos, y a cubrirlos con mis manos temblorosas.

## V

## EL OLIMPO

Cuando los abrí de nuevo, el anfiteatro apareció recamado de láminas de oro. Tres filas simétricas de sillones blancos se veían al fondo, así como una gran poltrona de marfil con muelles a la chinesca, en un palco central. Sobre el más alto orden de asientos y bajo la cornisa saliente de aquel regic estrado, que ahora resultaba iluminado por infinidad de antorchas y arabescos de pequeños focos

deslumbrantes de luz eléctrica, se veían varios cuadros al óleo y alegóricos, que hacían complemento a la magnífica decoración, y, por último, de cuatro grandes pebeteros distribuidos proporcionalmente por la sala, se elevaban columnas de un humo aromático que embalsamaba su atmósfera y trascendía a lo exterior.

De pronto, un grupo numeroso de personajes de diversas vestiduras y talante marcial, se precipita al centro del estrado, accionando todos con ademán y gesto expresivos, pero, sin que se sintiese una sola voz en medio de tanto ademán y de tantas gesticulaciones.

Los ruidos y cantos de momentos antes, habían cesado desde que la transformación del local se verificó dando acceso a tantos y tan extraños personajes.

En medio de la sorpresa que este cambio de decoración me produjo, y fijándome, medio aturdido, en los personajes que tenía delante y a corta distancia, dije al fin para mí, golpeándome en la frente: ¡Calle!... si no me equivoco, aquél, de color arrebatado y barba corta y espesa, que se posesionó de la segunda silla, al extremo de la fila izquierda, no es otro que *Baco*... y *Plutón*, el que va a sentarse a su lado,... como son *Neptuno*, *Marte*, *Venus*, *Diana* y *Ceres*, los que entran ahora por la derecha y... ¡vaya una gracia!... pues si los que tengo delante de mis narices, no son otros que los dioses de la Mitología, y se me ocurre, que éstos, al fin van a dejar el Olimpo para meterse en mi casa de rondón; sin duda querrán alojamiento y buenos platos; pero buen chasco van a llevarse: ¡Holgazanes, que no hacen sino darse buena vida y hacer papelones en los teatros! Estos

y otros aquí presentes, los creó la estupidez humana para después adorarlos, pero lo que es yo, ni los adoró, ni los quiero en mi casa; bueno es prevenirse, y... ¡fuera de aquí!...

A esta altura ya no pude continuar mi mental monólogo, porque fuí interrumpido por una voz penetrante y desconocida para mí, anunciando que los dioses, ya en posesión de sus respectivos puestos, iban a dar principio a no sé qué deliberación. En efecto, uniendo los hechos a las palabras, todos aquéllos tomaron asiento sin mayor ceremonia, y sólo quedó de pie y en un rincón la turbamulta de los *semidioses*, formando un verdadero grupo de atorrantes.

Júpiter, el dios supremo, el dios de los dioses, rodeado de Minerva, Saturno y Apolo, dioses de la sabiduría, del tiempo y de las bellas artes, ocupaba con éstos la poltrona de marfil, al centro, y las inmediatas a uno y otro lado; en seguida, Baco, Neptuno y Plutón, soberanos del vino, de los mares y de los infiernos, manteniéndose de pie en un extremo de la segunda fila; Hércules y Marte, que lo son de la fuerza y de la guerra, tomados del brazo, y en el otro, Ceres, Diana, y por último, Venus la seductora diosa de la belleza y del amor, con el travieso y peligroso Cupido a cuestas.

¡Comitiva más brillante y lucida, al menos a la distancia, como yo lo atestiguaré desde esta fecha! ¡Lujosos trajes talares y relucientes, cruzados de alamares de oro y piedras preciosas, daban mayor, aunque inmerecido realce y prestigio, a aquellos zotes con aire de personajes!... pero... ¿qué oigo?... acaba de sentirse el redoble de un timbre... y he creído oír hablar en voz baja... ¡ah!... es Júpiter, el Dios supremo... ¿qué dice?...

## VI

## LOS DIOSSES FALSOS

Pasado un momento, se oyeron estas palabras, en medio de un silencio prolongado: "Veamos, pues, lo que dice Marte", y transcurrió un momento.

—Lo que digo, es muy sencillo; digo, que parodiando mi personalidad, se le dió figuración en cierta obra teatral a un tal... individuo de poca talla, es cierto, pero al fin con pujos de guerrero, y esto basta a mi objeto, haciéndosele entender en cierta ocasión, que era el predestinado para salvar la causa del Egipto. En consecuencia, se le mandó al campo del honor contra los etíopes, que resultaron después vencidos, entrando aquél triunfante en el Cairo, y discerniéndosele los honores de vencedor.

—Y bien, observó Baco con voz tomada, mirada aviesa y gesto canallescó, ¿es esto, acaso, causa de queja?, ¿qué cosa más quería aquel aventurero, cuando tengo entendido, que el Rey estaba dispuesto hasta a ofrecerle la mano de su hija?

—Es que, observó a su vez Marte, el aventurero como tú dices, había tomado prisionero al soberano de los etíopes y a su hija, de quien se enamoró perdidamente, y por eso no podía aceptar la mano de la princesa. Entonces, trató de huir con la etíope, siendo sorprendido a orillas del Nilo, y condenado a morir en un sótano con la cautiva.

Marte hizo una pequeña pausa, y después, en tono lacrimoso, agregó: ésta fué la recompensa que tuvo después de sus servicios, y es lo que precisa-

mente me ha indignado, porque, la cosa atañe también a mí, como que, un guerrero (bueno o malo), en acción de guerra, siempre simboliza mi persona en calidad de dios de la misma.

—¡ Oh!, no embromes, observó Minerva, ¿pues le parece poco al tal guerrero, lo de la compañera del sótano? Siempre es preferible morir bien acompañado y acariciado, y no solo como un perro.

—¡ Claro es!, exclamó en coro la asamblea.

—Sobre este tema, dijo después Júpiter, no caben dos opiniones, y agradecido debió quedar...

—Para eso yo, murmuró Baco con despecho; ni al autor del libreto de la obra a que alude Marte, ni a ningún otro, se le ha ocurrido hasta hoy tomarme en consideración, como que nadie me lleva el apunte; ¡yo no sé, qué Dios de... soy yo!...

—¡ Ele!... vea cómo habla, gritó Júpiter en tono de apercibimiento; no ve *que hay señoras?*; y después, en forma confidencial, agregó: por otra parte, ¿cómo se han de ocupar de tí, desde que se te elevó a la poco envidiable categoría de Dios del vino?, ¿qué garantías puedes tú ofrecer?

—Sin embargo, replicó Baco, nunca he dado motivo para que se dude de mí; además, esto nada me importa, y sólo hago cuestión de la indiferencia de los maestros compositores, que jamás han encontrado colocación para mí en sus obras musicales.

—¡ Qué estás diciendo?, exclamó Venus con extrañeza de felicitaciones debes estar, como está *Plutón* y estamos todos los que...

—¿ Quién me nombra?, preguntó éste de mal talante. Lo que es a mí, déjenme tranquilo, que demasiado tengo yo con mis cominos; ¿les parecen

pocas mis tareas y preocupaciones como Dios de los Infiernos, sobre todo en estos aciagos momentos de guerra en que tanto bribón ingresa a mis dominios? Además, tengo también mis quejas que formular...

—¡Pero hombre!, observó Venus, ¡si yo estoy de acuerdo, y quisiera encontrarme tan olvidada como lo estás tú y Baco! ¿Sabes, acaso, las penas a que están expuestos nuestros émulos e intérpretes cuando, por ejemplo, el maestro Wagner los toma por su cuenta en la concepción de sus obras? Aunque no sea más que por los plantones que por nosotros se llevan los pobres diablos sobre un metro cuadrado del escenario, la cosa resulta seria, y líbrelos Dios de un incidente cualquiera, pero, ¿qué digo incidente?, de una de esas frecuentes urgencias a que todos estamos expuestos en escena y fuera de ella.

—Ni pensarlo es bueno, dijo Júpiter.

—Lo mismo digo yo, agregó Neptuno respirando fuerte y acariciando su hermosa barba gris.

## VII

### CRÍTICA DE UNA DIOSA

—Es cierto, continuó Venus, que en el ínterin, la orquesta hace primores de concertación, y que el genio portentoso del gran maestro, indemniza del plantón, pero... con inhumano sacrificio de los pobres dioses.

Estos, de traje talar y buscando apoyo, primero sobre una pierna, sesgando el cuadril y después sobre la otra haciendo otro tanto, pues que la bro-

ma es larga y pesada; gesticulando y cantando a retazos y con la escena a un quinto de luz, por regla general, esperan sin *dormirse*, a que aquello termine, y al fin, termina como todas las cosas... para empezar de nuevo. Miren ustedes; lo que es yo, desde que la Kruseniski tomó mi personería en la ópera "Tristán e Isolda", jugando el papel de esta última, me he propuesto no poner jamás en conflicto a ninguna otra mujer, aunque don Ricardo se enoje.

El célebre y conocido dúo de amor, tiene lugar de noche, en un bosque y a la intemperie; además de sus *bemoles*, agréguele ustedes las indecisiones de Tristán, un galán tan *triste* como el nombre que lleva. No salía el pobre de sus protestas de fino amor y... respeto, y no concluía sino con alguna moraleja fuera de lugar, desde que muy poco o nada tenía ella que ver con *el asunto en discusión*. A este paso, los *bostezos* por un motivo y los *estornudos* por otro, empezaron a perseguir a Isolda, quien más de una vez estuvo tentada de posesionarse de los calzones de Tristán y enseñarle a aprovechar el tiempo y a no ser larguero y tonto.

—¡Claro está!, exclamaren riendo la diosa de las mieses y Diana Cazadora.

Venus continuó:

—De todo esto resultó, que el tal dúo no fué dúo ni farrago de gaita, sino *lata*, y debiendo concluir por un *calderón* a dos voces, concluyó por una retirada desabrida y fuera de oportunidad de parte del galán, quien la hizo con las manos en los bolsillos, la cabeza caliente y las extremidades frías.

La Kruseniski, que fué la chasqueada, me confió su despecho por tal retirada, cuando en medio hora de dúo, a la vez que la infinidad de notas musi-

cales empleadas en él y en desquite del frío que hacía, se habrían podido producir...

—¡Vaya un papanatas!, exclamaron a su vez y en coro los dioses, semidioses, incluso Júpiter.

Contra esta espontánea exclamación, nadie pudo protestar, ni aún el Dios que presidía el cónclave, luego que, a la par de los demás, hizo parte del coro, en que se llamó a Tristán por su verdadero nombre.

Así, el trance de Tristán e Isolda, de que se lamentaba Venus, no pudo menos de recordarme aquella ocurrencia de Juanita, mi mujer, que solía decir que a mí, como galán, siempre me había temblado el pulso, y que llegado el momento preciso, todo se me volvían alharacas y posturas académicas, simulando el caso de la cohetera o culebrina de Gaser, que bien podría llamarse de fuegos *para atrás*.

A esta altura de la sesión de los dioses, Plutón, rey de los infiernos, a quien Berlioz, Gounoud y Boito han traído a la escena en la "Damnazione di Fausto", en el "Fausto" y en el "Mefistófeles", caracterizado en el personaje de este último nombre, formuló también sus quejas por el papel de *surcidor de voluntades* que se le hace jugar por los tres compositores o libretistas, sin más recompensa que la conquista famosa de la vieja Marta... desportillada y pernituerta.

—No importa, Plutón, dijo Baco, el papel más o menos lucido que se nos haga jugar; lo humillante es el olvido, el que no se nos tome en cuenta...

—¡Dale!, murmuró el rey de los infiernos.

—Porque, continuó Baco, ¿somos o no somos dioses?

—; Pero hombre!, ¿quién puede dudar que lo somos?, observó Plutón, pero bueno será no olvidar, como parece haberlo olvidado tú, que somos dioses falsos...

—; Qué oigo!, exclamó Baco todo desconcertado: la verdad es que había olvidado esta circunstancia... Claro está; y ahora recién caigo en que nos toman por moneda boliviana.

(*Aplausos de la asamblea*).

### VIII

#### LOS MAESTROS COMPOSITORES

En este momento se produjo un movimiento inusitado en los diferentes grupos de la asamblea, e inmediatamente apareció por la izquierda el ilustre maestro alemán, ocupando una poltrona colocada en la tercera grada del anfiteatro, y con él entraron también varios grupos de orquesta que componían la de su elección y que no tardaron en reunirse y colocarse en actitud de funcionar.

Unos minutos más tarde, aparecieron seis grupos más, que componían las de Verdi, Meyerbeer, Gounoud, Poncielli, Boito y Mascagni, colocándose aquéllas en orden y a la espera de los maestros respectivos, que no tardarían en llegar.

Se veían en fila y dominando las cabezas de los profesores, los *capotastros* de treinta y cinco contrabajos y los extremos superiores de los trombones, fagotes y figles, esbozándose en los puntos más excusados de cada orquesta, el bombo, el tambor y timbales, que hacían parte de ellas.

Wagner, con palabra fácil, sonrisa alemana, que dice mucho y promete poco, y entonación amable, explicó su tendencia a auxiliarse en sus obras de los *dioses*, *ninfas* de medio cuerpo para arriba en los lagos, y de cuerpo entero fuera de ellos; de *Nibelungos* de jastial figura y hasta de *sombras chinecas*, para mejor asegurar el éxito fantástico de sus producciones literario-musicales, siendo pasadera su intención para los dioses y la más dulce y cariñosa para las ninfas. Para ello, puso por ejemplo la "Walkiria", el "Anillo del Nibelungo", el "Siegfried", el "Ocaso de los Dioses" y el "Oro del Rhin", y después de un bostezo, agregó: "que la música sería, lo es tanto como puede serlo la ciencia de más nombre y tan exacta en sus distintos ramos, manifestaciones y efectos, como puede serlo la Física, la Química y las Matemáticas. Que por eso, se preocupó de conciliar y acumular todas estas condiciones, antes que detenerse en combinar arquetas y cantinelas, de esas que quedan en el oído con sólo tocarlas u oirlas una vez, cuando no se prefiere atronarnos *sin ton ni son*, con los instrumentos de cobre, bombo, tambores y timbales. En fin, que la elección preferente de los dioses, hecha con frecuencia por él, respondía a razones de calibre que no estaban al alcance de pobres de espíritu, por cuyo motivo, no descendía a dar explicaciones."

Después de este breve, amable y expresivo *introduction*, los dioses y semidioses, en actitud de aplaudir, quedaron estupefactos, propiamente metidos en un zapato y sumidos en un profundo silencio; ninguno chistó ni dijo *esta boca es mía*.

Pero, parece que algo de la peroración del maestro alemán, fué oído desde una pieza contigua

por los maestros Verdi, Meyerbeer, Gounoud, Poncielli, Boito y Mascagni; pues en seguida de ligero rumor y movimiento en la asamblea, invadieron ésta los expresados maestros en traje de etiqueta, ostentando blondas cabelleras los que las tenían, y calvas venerables los que carecían de ellas, y todos de batuta en mano y serios como provisosores en cuaresma.

Después de inclinarse ligeramente y siempre de pie, dijo Verdi, mirando de soslayo a la tercera fila de sillones, y ya con la batuta en ristre: “parece que en las últimas palabras de don Ricardo hay alusión marcada a mi música. Es cierto que yo me he dejado seducir por la melodía y que he abusado un poco de los instrumentos de viento, como Cimarrosa y los clásicos abusaron de los de cuerda, relegando a los de viento al mayor desprecio. Sin embargo, las pasiones humanas y sus manifestaciones, no son ni pueden ser iguales, ni se expresan del mismo modo, así es que, lo lógico en la Música, que al fin y al cabo no es sino un lenguaje como el de la palabra, es que todos los instrumentos se utilicen adecuadamente. En tal concepto, viendo yo que en medio de la ternura y placidez de los sonidos suaves producidos por violines, violas y violoncellos, la monotonía que ellos envolvían se convertía a veces en adormideras, resultando un opio las salas de los teatros y somnolientos los concurrentes en medio de bostezos a discreción; se me ocurrió echar mano del recurso que me ofrecían los instrumentos de cobre, y me parece que conseguí mi objeto, porque difícilmente se bosteza y se duerme cuando se toca mi música.”

(Aplausos y aclamaciones).

En esto, se oyó una voz temblorosa, sin dejar de ser bien timbrada: era Meyerbeer, que pedía permiso para hacer uso de la palabra.

No habiendo quien a derechas se la otorgase, después que Wagner usó de ella sin venia de nadie, quedando desde ese momento Júpiter, a pesar del trono de marfil que ocupaba, como cero a la izquierda, el célebre maestro se expresó así:

“A propósito de lo que acaba de decir don Pepe,  
“ he creído siempre que todos los instrumentos resultan útiles y' acordes entre sí, cuando están  
“ bien afinados, estándolo también las dos familias de *cuerda* y de *viento*. El metal se distingue  
“ por la seguridad del ataque y la dulzura de los pianos y ha hecho muy bien don Pepe en darle  
“ figuración en sus obras, y aún diré en cuanto  
“ a los trombones, que son los más voluminosos  
“ instrumentos de metal, que jamás debieron sustituirse  
“ por los modernos de *cilindro* o *pistones*. Los primeros, eran superiores en la belleza de timbre,  
“ de manera que, en ciertos momentos en que sostenían acordes pianos, parecía que sonaba un  
“ órgano. Yo, que no soy italiano, hice lo mismo que don Pepe, y aún cuando avancé a la concertación, robusteciendo los acompañamientos,  
“ me guardé bien de renegar de los instrumentos de metal, como de dejar colgados a los cantantes,  
“ ofreciéndoles para ello, oportunidad de lucir sus facultades y no pasar desapercibidos,  
“ como ocurre en las obras de don Ricardo: ahí están “Hugonotes”, “Africana”, “Roberto” y  
“ el “Profeta”, que justifican mis palabras. Y  
“ a propósito, recuerdo ahora lo que decía y repetía una notable soprano dramática, refirién-

“dese a lo que a ella y a sus compañeros de  
“arte les deparaban, por lo general, las grandes  
“partituras wagnerianas: “Nadie, decía esa artista,  
“puede poner en duda el genio de Wagner y  
“el gran mérito de sus obras, pero el hecho es que  
“empiezan y concluyen sus actos, sin un aplauso  
“para nosotros, sucediendo todo lo contrario en  
“la ejecución de las obras de los demás compositores,  
“sin excluir los más modestos: me remito  
“a “Parsifal”, “Walkiria”, “Crepúsculo” y  
“Maestros Cantores”.

*(Se repiten los aplausos).*

—“Yo, dijo Poncielli, dando un paso al frente,  
“he seguido las mismas huellas de mis apreciados  
“colegas, y me felicito de ello, porque en mi “Gionda”,  
“bien dada, nadie se duerme tampoco, y  
“no son pocas las ovaciones que ha asegurado a  
“los artistas que la han cantado y también a su  
“autor.”

—“Nosotros, agregó Gounoud, y hablo en plural,  
“pues tomo en este momento la personería de mi  
“colega don Arrigo, hemos ido al término medio  
“de Meyerbeer, pero sin renegar de la música  
“francesa e italiana, respectivamente.”

—“Y para terminar, no dijo, sino que gritó  
“Mascagni: yo he hecho otro tanto en todas mis  
“obras mejores, aunque una vez tratando de parodiar  
“a don Ricardo, se me ocurrió escribir  
““Isabeau”, apartándome indiscretamente de mi  
“escuela para llegar al fiasco más soberano. Así  
“es que, he decidido volver y he vuelto a lo que  
“me dió el nombre y reputación de que gozo, de  
“jándome de combinaciones complicadas, híbridas  
“y fantásticas, y agregaré para terminar con  
“el respeto debido, que algunos de los compositores  
“de hoy, carecen en cierto modo del sentimien-

“ to de lo bello en lo sencillo, y buscan sus efectos, como los busqué yo en “Isabeu”, en lo más arrevesado, en modulaciones múltiples y en la exageración de los medios. Por eso, la música que escriben es febril, nerviosa, y se ve en ella, más bien el carácter de la improvisación, que el fruto que se medita con madurez... ¿En qué pensaba yo, cuando me dió por imitarlos?... ”

## IX

## EL CONCURSO ORQUESTAL Y EL ECLIPSE

Don Ricardo, después de las protestas de sus colegas, echó mano a su faltriquera; sacó su caja de rapé y tomó una narigada del contenido con marcada fruición; se incorporó de pronto y, levantando la batuta que llevaba en su mano derecha, a la altura de su cabeza, y al primer movimiento de ella, la orquesta inició los primeros compases de la soberbia sinfonía del “Tanhäuser”, sin más posturas ni preámbulos, y como los otros maestros, ante esta actitud, se habían preparado para hacer otro tanto con auxilio de sus respectivas orquestas, no tardó un minuto en sentirse a la par de la sinfonía de Wagner, la marcha triunfal de “Aída” y la del “Fausto”; el coro y concertante de la bendición de los puñales de “Hugonotes”; el final del tercer acto de “Gioconda” y el del prólogo de “Mefistófeles”, y para complemento del colosal concurso orquestal de aquel momento, el himno al sol de la “Iris” de Mascagni.

El efecto de tan estupendo *desconcierto* y los aplausos y aclamaciones entusiastas de la asamblea,

no estaba en mis libros, ni en el de los dioses, ni en el de los compositores, ni en el de los mismos profesores de orquesta, que empezaron, al fin, por no saber a qué batuta obedecer, ni qué compás seguir.

Lo único que recuerdo y puedo decir, es que, un minuto después quedé aturdido y tan excitado y nervioso, que me creí transportado a regiones desconocidas. Me pareció temblar como un azogado y llegué a presentir el Juicio Final.

Ya un tanto repuesto, me entretenía en rascarme la mollera en medio de mi sorpresa, cuando a un acorde unísono y estridente de las siete orquestas, señalado no sé por cuál de los maestros, la música cesó, y quedé sumido en completa oscuridad, viniendo entonces a mi memoria el eclipse total de sol que tuve ocasión de presenciar en 1869 o 1870, con la exacta característica de una lóbrega noche, para terminar en la nueva sorpresa de un inesperado resplandor, que hirió mis ojos y me deslumbró.

## X

### EL SOL

Sin perfecta conciencia, en el primer momento, de lo que había pasado, me encontraba de pie, sin saber cómo, en medio de mi aposento, bamboleante, sudoroso y temblando de emoción...

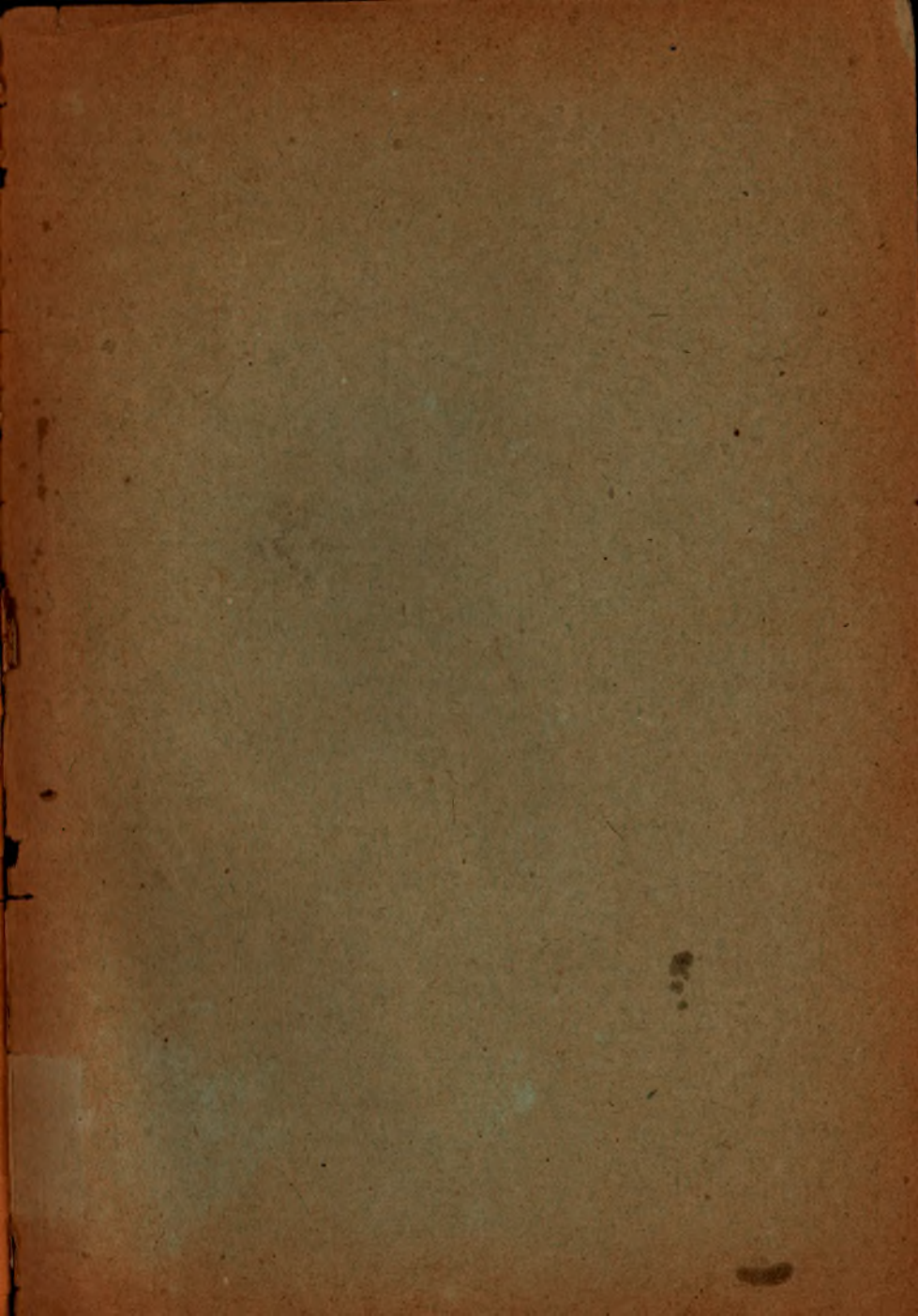
Los rayos del sol, acariciando las crestas del viñedo que llena la distancia desde el *chalet* hasta la



margen derecha del Miguelete, acababan de invadir por completo mi habitación, volviéndome a la realidad, después del fantástico sueño que había dominado mis sentidos.

Ante el cuadro imponente y seductor de la espléndida naturaleza, no pasó, sin embargo, desapercibido para mí, el bastidor colgante, tejido de madre selvas y jazmines, y el vistoso Guacamayo luciendo su multicolor plumaje embellecido por los rayos del sol naciente.





LN

A

C